

En clave de alegoría



Este retrato de la literatura venezolana contemporánea, tan frecuente en estos días, carece sin embargo de matices y comisuras, como si ante la coyuntura política la literatura sólo pudiera ofrecer una respuesta igualmente política.

Por: CECILIA RODRÍGUEZ LEHMANN/ TalCualdigital.com, Viernes, 3 de Junio de 2011

En estos tiempos en que la política parece haber avasallado todos los espacios del imaginario nacional, hablar de una literatura íntima y privada parece casi imposible. La necesidad de descifrar el atribulado entorno que nos rodea delimita el camino de una literatura nacional marcada por el sino político.

Desandar los caminos de la historia, visitar viejos episodios nacionales, reconstruir las voces mínimas del pasado, sortear los callejones de la violencia diaria, son todos caminos que parece tomar la ficción para apuntalar un presente vacío de respuestas. Este retrato de la literatura venezolana contemporánea, tan frecuente en estos días, carece sin embargo de matices y comisuras, como si ante la

coyuntura política la literatura sólo pudiera ofrecer una respuesta igualmente política.

Habría que preguntarse si esta obliteración del discurso más intimista es un fenómeno que se produce desde el campo de la creación o desde su recepción. Para ir un poco más allá, habría que preguntarse quién construye este parnaso de ficciones políticas y alegorías nacionales, o, para ser más precisos, quién convierte la aventura privada en alegoría nacional.

Una vieja tradición marca esta lectura, pareciera que en momentos de crisis la literatura latinoamericana sólo pudiera ser leída en clave de alegoría, que el relato no pudiera darse el lujo de terminar en el placer del espacio privado y en las intimidades del sujeto. Esta necesaria politización de la ficción es, sin duda, un problema de vieja data.

Todo el siglo XIX está marcado por una lectura que convierte cualquier intento ficcional en una alegoría nacional y en una propuesta política. No quiere decir que esas alegorías, en muchas ocasiones, no estén allí, pero ¿no habría una mirada de la crítica que necesita reconstruir ese discurso y convertirlo en algo más?, ¿no estaremos repitiendo el eterno gesto –nostálgico sin duda– de convertir a la literatura en el lugar de la redención?

La academia, tan cercana a veces a los estereotipos y a las demandas del mercado, ha contribuido en gran medida en esta concepción del campo literario venezolano como una zona de guerra y como el lugar donde dilucidar las diferencias y los conflictos nacionales. La alegoría puede estar inscrita en el texto, es cierto, pero igualmente está inscrita en el ojo del lector.

En la medida en que se concibe la nación como un territorio en disputa pareciera que la literatura no pudiera jugar otro papel; la intimidad se convierte en lujo, en exceso. Puede parecer, sin duda, que esta es una lectura ya enterrada en el pasado,

alejada de este mundo global y descentrado del siglo XXI, pero su persistencia nos muestra su capacidad de resurgir una y otra vez en los tiempos de crisis.

Si el lente que utilizamos para acercarnos a lo literario está marcado por la larga tradición redentorista latinoamericana y su imposibilidad de adentrarse en otros circuitos que no sean los de la política, todo lo leeremos en clave de alegoría.

Se trata de una mirada que nos hace perder el detalle y las particularidades, nos hace ver el archivo como una masa uniforme que sólo puede ser digerible en la medida en que encaja en nuestras visiones académicas prefabricadas –visiones que muchas veces vienen predigeridas por algunas tendencias de la academia norteamericana que han resultado muy exitosas.

Tal vez habría entonces que desandar algunos caminos y permitirnos dudar de esas miradas –hijas del marxismo resurrecto– que limitan el campo literario y convierten en discurso político todo lo que tocan. No se trata de negar que todo discurso es en el fondo un enunciado político, foucoltianoamente hablando, sino de desarmar algunas estructuras y presupuestos de la crítica que nos ha reducido a meros ventrílocuos de los problemas nacionales; proyecciones imaginarias de los problemas del día a día. Se trata, en fin, de estructuras que, tal como defiende Julio Ramos, nos niegan el derecho a la ficción y a nombrar la intimidad.

La interioridad parece entonces un bien exclusivo de aquellos que aparentemente han resuelto sus necesidades más urgentes, a nosotros nos queda el debate político, la lucha, las respuestas iluminadoras, la metáfora nacional.

De Federico Vegas a Victoria Destefano, de Francisco Suniaga a Carmen Vincenti, de Alberto Barrera a Oscar Marcano, todo se transforma en una reflexión sobre el país desestructurado que nos ha tocado vivir; una reflexión que parece llenar el desconcierto de lo inédito, la desesperada necesidad de comprender, pero que también nos habla de otros desconciertos y otras necesidades.

Es que acaso no nos es posible paladear otros malestares, sufrir de otras enfermedades, nombrar otros lugares, degustar otras texturas. La literatura tiene muchas maneras de responder al malestar que nos causa este país en una crisis que ya se nos hace demasiado larga, la de la alegoría es una de ellas, tal vez la más fácil, la que encaja mejor con las expectativas de la tradición y la crítica, pero no la única, explorar las otras vías, las del derecho a nombrar otros lugares, parece un camino más fructífero o, al menos, menos simplista.

Enlazado desde:

<http://www.talcualdigital.com/blogs/Viewer.aspx?id=52796>